

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**“Quantum Potes, Tantum Aude”**

(Atrévete todo lo que puedas)

M. Eliana Correa B.

manicorrea@gmail.com

Profesor: Cristóbal Holzapfel

Ramo: De Cara Al Límite

Fecha: 21/07/15

## Índice

1. Presentación.....	3
2. Delimitación & Destino.....	3
3. Delimitación & Contagio.....	4
4. Los Peligros del Límite.....	5
5. Delimitación & Pérdida del Sentido.....	7
6. Delimitación & Temor.....	8
7. Límite& religión.....	10
8. El Hijo Pródigo.....	10
9. Quantum Potes, Tantum Aude.....	12
Bibliografía.....	14

## 1. Presentación

Este ensayo es producto de la lectura del libro “De Cara Al Límite” del profesor Cristóbal Holzapfel. Para dar cuenta de su profundidad e implicancias es que he tratado de desglosar, en forma más o menos organizada, este ensayo en ocho subtítulos. Sin embargo, reconozco mi inconformidad respecto al resultado, ya que dar cuenta, en forma racional y ordenada, de lo que un libro como éste produce, a saber, la *deslimitación* del razonamiento interno para un entendimiento que mezcla: lo vivido; lo impuesto; lo que se dejó ir; y lo que se presenta aquí y ahora como posibilidad; hicieron imposible una redacción en la que se pueda dar cuenta con claridad, por dónde empezar, hacia dónde ir y cómo terminar, este ensayo. Una lectura, De Cara Al Límite, que más que un libro es una vivencia.

## 2. Delimitación y Destino.

La delimitación que nos gobierna, mandatos que actúan sin que nos percatemos, nos remite a todo un aparato del destino. Ese destino del que tratamos de huir, como en el mito de Edipo, donde el oráculo es precisamente eso de lo que él busca escapar, y es tratando de alejarse, que lo realiza en los hechos.

Conscientemente nos negamos a tener en cuenta el oráculo, pero es evidente que el inconsciente sí lo tiene en cuenta. Así, permanece intacta la manera en que se realiza, sin que lo sepamos, el lugar que nos está reservado por el destino. Impera el designio de que *si me arriesgo, si trasgredo los límites, no sé qué gano, pero sí sé lo que puedo perder*. Es el triunfo de la delimitación,

la primera, la de origen, a saber, la impuesta desde afuera. Ganó el temor. Un veredicto implacable que ha marcado los límites dentro de los cuales podemos desarrollar la vida bajo una condena a cualquier otra demanda que desborde la delimitación. La propia demanda, la verdaderamente irrenunciable, la demanda inalienable. La demanda que exhorta al ser, ser quien es. El drama aquí, es el drama del reencuentro con el deseo como medio de afirmar nuestra potencia del ser. El encierro, tarde o temprano, sustrae el deseo de vivir al anular la libertad, centrando solo el aspecto negativo de la partida. Opera algo que pertenece al orden de la identificación bajo la máscara de la seguridad, incluso a veces de la probidad, en tanto, un deber ser.

### **3. Delimitación y contagio.**

Atrapados en el discurso colectivo que nos aprisiona, establecemos con el medio vínculos simbióticos, a saber, asociaciones con otros para sacar provecho de la vida en común. Está implícito en este escenario algo que pertenece a la inercia de un desencadenamiento contagioso. Es en base al contagio que la delimitación adquiere una potencia y arraigo los cuales le facultan a permanecer rígida en su lugar. El límite contagioso, el límite que me impongo e impongo a los demás. Así no solo someto mi vida a la estrechez del encuadre foráneo, delimitación impuesta por el medio, sino que arrastro conmigo a los otros. Se necesita convencer a los demás para reafirmar las propias convicciones. Un ejemplo a destacar podría ser el concepto de evangelización, con que exhortan algunas religiones a sus feligreses. Éste puede mal interpretarse, y así sucede, cuando se entiende por

misión divina el convencer a los demás de vivir dentro de los cánones, a veces muy rigurosos y restrictivos, de la institución eclesiástica a la cual se pertenece. El concepto de evangelizar, imponiendo a otros las propias creencias es, en ciertos grupos, considerado una misión virtuosa. Muchos crímenes que se han sucedido y se suceden hasta el día de hoy, encuentran su fuerza, tal vez su excusa, bajo este mandato. Ya no solo hablamos de las cruzadas, sino del horror que viven muchos religiosos perseguidos en la actualidad por profesar un credo, visto como incompatible con otros credos pertenecientes a grupos fundamentalistas. Grupos que pretenden implantar sus rigurosos estilos de vida, sin respetar, pasando por alto, no solo etnias, culturas, otras creencias, sino también restringiendo la libertad del ser humano. Estos son los peligros de un límite que se extralimita a sí mismo, Fundamentalismo. Un límite que va más allá de su propio límite. La historia demuestra que la delimitación impuesta puede ser mucho más peligrosa que cualquiera de sus derivaciones, las cuales tienden a reducirla en su poder: *deslimitación*, extralimitación, demarcación, translimitación e ilimitación.

#### 4. Los peligros del Límite

¿Es el hombre al grupo o el grupo al hombre?

Cuando se hace del Otro o de lo Otro, la protección y auxilio de una carencia fundamental. Cuando el ¿Qué es lo que quieres? reemplaza al ¿Qué es lo que yo quiero? Es cuando estamos frente a una delimitación que nos enajena impidiéndonos vivir la propia vida. Inercia de una delimitación del grupo de pertenencia que interviene como manto protector y evasivo de la

angustia. Esta realidad solo es posible en una situación en la que el encuadre social conserva su carácter permanente, no ambiguo.

En tanto más inmadura es la personalidad, más se aferra a su colectividad, la que vive como parte de sí mismo. La personalidad del individuo toma forma de certeras convicciones en creencias, ideas, valores y pensamientos, que los vive como propios, perdiendo permeabilidad, y adquiriendo el consiguiente hermetismo para todo aquel que piense distinto. La estructura social adquiere vida propia y sus adeptos proyectan en ella su propia realidad. Se cristalizan los mecanismos de defensa a través de un marco de fantasía donde predominan las identificaciones masivas. Un sistema alienante e autoinmune frente a un mundo que lo agrede. Se refuerzan los circuitos de resistencia al cambio, se da paso a la coerción y represión tanto interna como del grupo.

*“La historia del hombre, nos dice Freud, es la historia de su represión.”* El destino del hombre, está ligado a cierta desgracia del ser, desgracia original, cuya fuente puede encontrarse en la pre-maduración que lo caracteriza. Esta desgracia, inherente al nacimiento, puede ser radicalmente negada, el individuo puede negarse a elegirse, en nombre de un mundo que rechaza, así cuando critica el “caos” del mundo, es a sí mismo a quién rechaza. La persona buscará fronteras cada vez más rígidas para controlar mejor lo que en él o ella pone en peligro el dinamismo y el movimiento de un mundo que cambia. La comunidad se transforma en una instancia depositaria de las angustias de sus miembros, tan pronto como un instrumento represivo y segregador. El peor de los escenarios cuando esto se transforma en un veredicto implacable, el cual ha delimitado las fronteras hasta donde puede

desarrollarse la propia vida. Pende así la agonía del ser, donde solo la muerte, una muerte simbólica, podría rescatarlo de esa prisión, como un único recurso para la construcción de la propia identidad; “*yo necesito morir para saber quién soy*”.

## 5. Delimitación y pérdida del sentido.

El hombre no fue hecho para el límite, el límite fue hecho para el hombre, para ayudarlo, no asfixiarlo. Desde el momento en que esta máxima se invierte, el fundamentalismo que entraña cualquier credo o ideología, se torna amenazante al propio ser humano, su mentor. Con el pasar del tiempo, la delimitación, al exigir adaptación, nos *mediocriza*, nos sumerge en una labilidad del juego *identificadorio*. La enfermedad del sin sentido, sensación ahogada por una vida rutinaria cuyos límites ya estaban predeterminados incluso antes de nacer. Aparece el cansancio, desmotivación, rutina, vacío, agresión, vicios, angustia, impaciencia, entre otros. Desde que nacemos o incluso antes de entrar en el mundo, ya cargamos con una delimitación que nos marca, nos pone en el lugar que nuestros padres quisieron. La amenaza a la libertad comienza a operar en nosotros antes que nosotros empecemos a abrirnos a la posibilidad de operar en ella. La designación del nombre, por ejemplo, es la primera y muy condicionante delimitación al ser, en tanto posibilidad. El nombre impuesto al nacer ya es una posesión a acatar. El nombre nos posee a nosotros más de lo que nosotros lo poseemos a él. Luego vendrá la adjudicación de un credo, cultura, educación, valores o de cualquier otra manera tendiente a dar forma a quien debe formarse a sí mismo. Son las reglas del juego, del juego de vivir.

Al dejarse guiar uno permanece, en parte, en el registro más seguro. Encuadre que ofrece un mínimo de exigencias en el auto-cuidado, impidiéndonos arrancar de los veredictos de condenación que nos llevan a ocupar, en intervalos regulares, el lugar que la sociedad y la familia nos ha asignado, hipotecando nuestra libertad al etiquetarnos y silenciando la voz que nos habita. El peligro es, entonces, cuando se sitúa el límite. Entendido éste como el término de una experiencia de libertad, en tanto posibilidad que no puede ser llevada a cabo. Tarde o temprano vendrá una muerte deseada a nivel imaginario, mediante una articulación simbólica y a la vez real, por una demanda de nacimiento: vivir la propia vida.

Una bella forma de explicar así la vida la da Francisco Muat en su artículo “Pasajero en Tránsito”: “Sé que hay sujetos que no quisieran viajar por alguna razón a donde les indica su tarjeta de embarque. Sé también que más de alguien ha desistido de hacerlo a mitad de camino. Y que la mayoría lo hace convencido de estar haciéndolo bien, aunque en la ruta verifique que no desviarse del camino fue una decisión infeliz.”

## **6. Delimitación y Temor.**

Una fuerza que nos dice: cuidado, si te sales te ocurrirá un accidente, te arriesgas a la desgracia, puede ser mortal. Con el tiempo y arraigo en el enmarque de nuestro propio grupo de pertenencia las voces del subconsciente se tornan insistentes en un: “te arrepentirás, te arrepentirás” El peligro es ilusorio, más no lo es, la condena a una delimitación que nos tiene prisioneros de lo establecido, y de su continuidad. El salir, el extralimitarse, el

quiebre con lo establecido y la conquista de un nuevo espacio, se traduce en la sentencia: “Te arriesgas a la desgracia, te arrepentirás.”

En política el discurso de los sectores más conservadores entrañan algo de esto, al predicar que un cambio a nivel de las políticas públicas macro y microeconómicas traería como consecuencia: “Paralización de las inversiones, huida de capitales extranjeros, desaceleración económica, disminución del crecimiento, aumento del desempleo, estancamiento del desarrollo, la no erradicación de la pobreza, entre otras”

El temor de que no sepamos con qué nos vamos a encontrar a partir del momento en que nos asumimos a nosotros mismos como posibilidad, es una tremenda fuerza de la cual se vale la delimitación para imponerse. Nos impide abandonar lo que en realidad detestamos, por restringirnos, por impedirnos, por determinarnos. No logramos salir del laberinto para intentar recuperar el deseo, traspasando el límite que lo reprime. Que nos reprime. Aparecemos como testigo y víctima de un drama que nos desborda. El sentirse preso de una oscilación sin término, compartida entre el deseo de conservar, versus, perder la posición ganada, acompañado de un sentimiento de desazón interno. La idea de que para poder subsistir en el deseo de vivir la propia vida, puede implicar una autodestrucción. Con ese deseo que se reprime, no es raro fantasear con la idea de una entrada en otra vida, una vida en la que no tendría cabida tal disyuntiva. El paraíso perdido y vuelto a encontrar, en otra dimensión. Idea de la cual se afirman muchas religiones viviendo como si de un mandato superior se tratase. Pende así una condena a muerte del ser, siendo la única aspiración morir a esta vida, a las ganas de vivir, para que el ser alcance una vida plena. Entonces ¿En qué consiste estar

vivo aquí y ahora?, vendría siendo la interpelación del deseo silenciado, del deseo de vivir.

## 7. Límite y Religión.

Las voces ordenan no comer del fruto prohibido. El develamiento del saber aparece como un sacrilegio a la delimitación, saber que para vivir se requiere trasgredir, como el ejemplar relato de la parábola del Hijo Pródigo.

## 8. El Hijo Pródigo

En el hijo pródigo, el hermano que jamás se extralimitó, quien dijo no al despilfarro, insensatez, desenfado y descarrilamiento. Aquel que se mantuvo siempre “sensato”, no alcanzó a darse cuenta de que eso no es lo importante. No comprendió que lo que cuenta es el deseo. ¿De qué sirve la vida si se está condenado a la muerte de las ganas de vivir? Éste no busca lo deseado, se aseguró con el deber ser. Un deber ser, un límite, que ya existía antes que él llegara. Un límite que lo mantendrá en una burbuja existencial. Lo que tuvo como resultado la transformación del deseo, en tanto anhelo de vida, en la negación de este deseo para sobrevivir. En contraposición con su hermano, el “deschavetado”, quien entendió a tiempo que su partida era la única manera de nacer y sobrevivir como sujeto *deseante* de vida. “yo quiero la parte de mi herencia, padre”; sobreentiende el “yo quiero” del deseo que trata de surgir. Es también el experimentar el efecto que sobre los otros tiene su partida, para medir allí el deseo de los demás de verlo volver. Volver trayendo consigo un tesoro. Tesoro entrañado en la extralimitación. Y es que el arriesgarse trae

consigo consecuencias insospechadas para el aprendizaje humano. En el caso del hijo pródigo, la constatación del efecto que tuvo sobre su padre su partida, pudiéndose entender ésta como la muerte del hijo, fue precisamente la experiencia que le permitió medir allí el deseo de su padre de verle vivo. Un reflejo, un espejo, donde se dibuja el valor de la vida. El aprendizaje personal es siempre un aprendizaje para alguien más. Es el ejemplo del otro en su propia vivencia el que no nos deja impávidos frente a nuestra propia vida. Padre e hijo comprendieron, mediante el sufrimiento, que en la vida vale más el soltar que el retener.

El deseo es la necesidad de vivir la propia vida, no sin constatar que somos importantes para los demás. Quien no se arriesga corre el peligro de pasar por esta vida sin haber entendido lo principal, a saber, que necesitamos sentir que somos amados por los demás. *“El tú ya existía antes que el yo”*, y desde ahí, y solo desde ahí, es donde podemos amarnos y en este conjuro amar nuestra propia vida. Sentimiento que su hermano, consumido por la envidia, no llegó a alcanzar. Este tipo de experiencia solo se obtiene cuando se arriesga la vida en vez de asegurarla, cuando se salta la valla del obstáculo, cuando se traspasa el límite, en vez de apoyarse y apoltronarse en él.

El hijo pródigo, empapado del deseo de vivir, presto a conquistar un nuevo espacio, fue atraído por cantos de sirena, qué duda cabe, más, él necesitaba vivirlo para entenderlo. Desasegurar su vida, sufriendo en carne propia las consecuencias, sin arrastrar en ese proceso la vida de otros. Nunca se arrastra a los demás cuando vivimos a tiempo lo propio. En el caso del hijo pródigo ese era su tiempo, su momento. Acción, más bien osadía, que le permitió volver triunfante de su ida. Su triunfo no estuvo en la riqueza material, sino en la riqueza espiritual. Una partida a un mundo desconocido que lo llamaba en ese instante, no antes ni después. El después puede ser una llamada tan

débil que se extinga antes de emerger, o puede acarrear dolor y pesar a los que nada tienen que ver con un proceso, a modo de necesidad personal, indelegable e impostergable. Lo que hizo, de la forma que lo hizo, no podía llevarse a cabo en cualquier momento, en cualquier etapa de la vida.

## 9. “Quantum potes, tantum aude”

(Santo Tomás de Aquino)

La vida tiene sus tiempos, a saber, tiempo para obedecer, para someterse, para soltar, para la locura, el desarraigo. Como también hay momentos para construir. Toda etapa de la vida tiene una sensatez propia. La sensatez del joven, puede ser la de conservar menos y transgredir más. Una sensatez vista como insensatez por quienes tienen la mirada envejecida. La sensatez del adulto, en cambio, puede ser transgredir menos para mantener lo construido. Y la del anciano, su sensatez, es la sabiduría, solo alcanzada después, y durante el vivir intensamente cada etapa, sin parálisis frente al infortunio, y con confianza en sí mismo. Sabiduría que empapa el ocaso de la vida con una paz y pureza que atraviesa y penetra, y sin salir de sí todo lo renueva. En términos de delimitación una nueva dimensión, más propia y más genérica. Una delimitación producto de vivencias, tendientes a conservar el deseo de estar aquí y ahora. Una delimitación menos concreta, más abstracta, donde el individuo no se siente prisionero, ni gendarme del prójimo.

Una evolución que exhorta permanentemente a superar esquemas que nos limiten, abrirnos a nuevas posibilidades, a conquistar nuevos espacios, a establecer nuevos límites para volverlos a derrumbar, ganado en este proceso experiencia y sabiduría. Un continuo delimitar, para luego *deslimitar*, extralimitar, desmarcarse y trasgredir, a un nivel que

superesiempre el anterior en amplitud y profundidad. La vida hace del aprendizaje una constante, el saber y experimentar son vivencias infinitas. La vida y sus infinitas posibilidades de vivirla.

Someterse para siempre y desde siempre a las reglas de lo instituido, es ser testigo de la destrucción de la propia omnipotencia mágica, un mundo fantástico que se lleva adentro y el cual es menester habitar para vivir. Es necesario desmarcarse de lo conocido e impuesto, a veces del grupo de referencia al cual pertenecemos, incluso a la familia, para saber quién se es. Desgarrador desarraigo de la cuna en la que nacemos y a la cual pertenecemos, para desmarcarse de lo establecido por los otros. Por *lo otro* que nos aliena y produce una dependencia, una dependencia simbiótica.

Romper este ciclo, la inercia del límite pre-establecido, pasar de un individuo sometido por lo otro, a un individuo sometido sólo a sus dictámenes propios, a saber, el camino a la madurez, es como pasar del camello nietzscheano al león, destruyendo todo lo acumulado, recibido, impuesto y prohibido, en pos de renacer a una nueva vida, nuestra propia vida, construyendo la propia identidad. Nace algo, tal vez, no todavía algo vivo, pero sí algo que va a convertirse en vivo, en cuerpo de recién nacido. El niño de Nietzsche. Ese niño abierto a la posibilidad de apertura, a una gratificación oceánica en la ilimitación de las posibilidades del ser.

## Bibliografía

Holzapfel, C. (2012), *De Cara Al Límite*, Santiago: Editorial Metales

Pesados.

Mannoni, M. (1973), *La Primera Entrevista con el Psicoanalista*,

Buenos Aires, Granica.

Lacan, J. (1970), *Las Formaciones del Inconsciente*, Buenos

Aires, Nueva Visión.

Freud, S. *El Malestar en la Cultura*, Biblioteca Nueva.